



**LECCIÓN 244**  
**No estoy en peligro en ningún lugar del mundo.**

**Comentario de Sarah:**

Cuando vemos las noticias que llegan de diferentes partes del mundo y vemos la devastación y los estragos que crean las guerras y las catástrofes naturales, podemos preguntarnos realmente por una Lección que dice: “**No estoy en peligro en ningún lugar del mundo**”. (L.244) Parece que podemos sufrir, estar en peligro y experimentar sentimientos de vulnerabilidad. Parece que las tormentas pueden llegar a amenazarnos, ya sea física o psicológicamente. Sin embargo, hoy se nos asegura que no es así. “**Tu Hijo está a salvo dondequiera que se encuentre**”. (L.244.1.1) ¿Quién es el que está a salvo? En nuestra aparente realidad como cuerpo y personalidad, somos vulnerables a los ataques, pero nuestra invulnerabilidad es lo que somos como Hijo de Dios.

Jesús nos recuerda que todavía estamos con Dios. Mientras que, en el sueño, podemos ser heridos, él dice que no estamos aquí en absoluto. Nuestra realidad está fuera del tiempo y del espacio, y cuando miramos por encima de este campo de batalla, o experimentamos el instante santo, reconocemos que somos el soñador de nuestras experiencias y que, de hecho, nuestros problemas y preocupaciones no tienen realidad.

Lo que dio origen al cuerpo en primer lugar fue la creencia de que atacamos a Dios. Así, nuestro mayor temor es a Dios, a Quien vemos como nuestro enemigo. Creemos que Él nos castigará por el ataque que el ego nos convenció de que Le hicimos. Nuestro miedo a Su castigo es el último obstáculo que debemos superar para conocer la paz. Es nuestro miedo a ser castigados por haber abandonado nuestro hogar en Dios y haber hecho imposible el regreso. Vemos el mundo y nuestro cuerpo como un lugar para escondernos de Su castigo.

Utilizamos nuestra experiencia en el mundo, donde nos sentimos víctimas de personas y acontecimientos, para proclamar que no somos responsables de nuestra condición. En su lugar, culpamos a nuestros padres, maestros, parejas, condiciones externas y cualquier otra cosa en nuestra historia que consideramos responsable de nuestro sufrimiento. Ahora nos vemos como la víctima inocente de un mundo indiferente. Jesús nos pide que seamos cautelosos con la tentación de vernos injustamente tratados. Mantenemos el deseo de ser heridos y traicionados porque nos permite proclamar nuestra inocencia a costa de aquellos a los que consideramos responsables; pero es una falsa inocencia, comprada al considerar a otros culpables.

La creencia de que hemos hecho un gran daño a la Creación es un mito que se desarrolla en la mente. Es una historia inventada por el ego y no es la verdad. Nuestra realidad es invulnerable, y Dios es nuestro Padre amoroso que no tiene nada que reprochar. La culpa en la mente es el resultado de comprar el mito de que podemos separarnos de Su Amor. La culpa en la mente se proyecta y ahora se ve en el mundo. Es un mundo donde nos sentimos vulnerables, solos y

separados del amor. El mundo no es la causa de estos sentimientos, sino solo el efecto de lo que hay en la mente. La realidad es que estamos eternamente a salvo. Podemos saber esto cuando la creencia en nuestro yo limitado, vulnerable y separado se deshace.

Cuando creemos que estamos en peligro, empleamos todo tipo de formas para intentar mantenernos a salvo. En última instancia, sabemos que es una batalla perdida, pero tendemos a evitar este hecho y hacemos todo lo que está en nuestra mano para mantenernos física y psicológicamente a salvo. Esto nos pasa una factura tremenda, y finalmente, sucumbimos a los estragos del tiempo. Liberarse de este sistema de pensamiento de culpa y miedo es reconocer que nuestra realidad está más allá de este sueño. Nada puede poner en peligro lo que somos. La paz de Dios está en nuestra mente. Cuando nos conectamos con la paz interior, traemos una nueva conciencia al sueño. Parece que somos iguales a los demás, pero reflejamos una paz y una alegría que son palpables para los demás. Así, nos convertimos en una demostración de la decisión que hemos tomado para sanar los obstáculos al amor que somos.

Si el guión ya está escrito y todo ha sucedido ya, podemos convertirnos más en el observador de los acontecimientos desde fuera del sueño, que en una figura de este. Cuando llegamos a saber que el frágil cuerpo no es lo que somos y que no podemos cambiar nada en relación con el momento elegido para nuestra liberación en otro reino, todas las formas en que intentamos mantenernos a salvo pierden su poder. En lugar de ver el cuerpo y el mundo como un lugar de peligro, podemos elegir verlo, en cambio, como un lugar de máxima oportunidad kármica. En este mundo, cada situación nos proporciona otra oportunidad para liberar todos los pensamientos de culpa y miedo que nos mantienen en un estado de ansiedad. Nuestra única elección en el sueño es la interpretación que damos a cada situación y a cada acontecimiento. Cuando recurrimos al ego como nuestro maestro para que nos muestre el significado de estos acontecimientos, experimentamos culpa y miedo, pero con el perdón, Jesús nos muestra que podemos encontrar la verdadera alegría y la paz.

¿Por qué íbamos a elegir el sufrimiento cuando se nos han dado los medios para liberarlo? Lo único que se requiere de nosotros es la honestidad y el valor de asumir la responsabilidad de nuestros pensamientos y llevarlos a la verdad. El Espíritu Santo hace el resto. ¿Es un sacrificio renunciar al sufrimiento? Como pregunta Byron Katie: "¿Quién serías sin tu ansiedad?". El sufrimiento nos ofrece algo que queremos, o lo dejaríamos gustosamente. Es útil indagar cómo nos está sirviendo. A lo que todavía nos aferramos y pensamos que queremos es, sobre todo, a nuestra individualidad y a nuestro especialismo, y por eso la culpa sigue siendo atractiva para nosotros.

Decir que elegimos el sufrimiento, la infelicidad y la angustia suena descabellado. Sin embargo, si no recibiéramos la recompensa de la individualidad y el especialismo, sencillamente lo soltaríamos todo. Estos pensamientos de auto-ataque alimentan al ego y, como todavía nos identificamos con el yo separado, tememos la pérdida de nuestra individualidad. Así, nos resistimos a liberar la inversión en el sufrimiento. ¿Te has dado cuenta de cómo la mente se aferra a los pensamientos obsesivos? Contamos historias sobre lo justificado que está que nos sintamos como nos sentimos. Justificamos nuestro miedo y nuestra ira. Intentamos que los demás se pongan del lado de nuestras historias, lo que, en nuestra mente, simplemente da más credibilidad a nuestra versión de los hechos. ¿No es maravilloso que tengamos la opción de tomar conciencia de lo que estamos obteniendo de nuestro sufrimiento y tomar una decisión diferente? Es así de sencillo, aunque requiere disciplina y esfuerzo por nuestra parte. Tenemos que estar atentos a nuestros pensamientos y tener el deseo y la voluntad de entregarlos al Espíritu Santo, que hará el resto.

Como se nos recordó en la lección de ayer, este proceso requiere una gran honestidad y valentía. Si nos defendemos y justificamos, no estamos siendo honestos. La honestidad requiere que asumamos la responsabilidad total. **“Esto es lo único que tienes que hacer para que se te conceda la visión, la felicidad, la liberación del dolor y el escape del pecado. Di únicamente esto, pero dilo de todo corazón y sin reservas, pues en ello radica el poder de la salvación: Soy responsable de lo que veo. Elijo los sentimientos que experimento y decido el objetivo que quiero alcanzar. Y todo lo que parece sucederme yo mismo lo he pedido, y se me concede tal como lo pedí.”** (T.21.II.2.1-5) (ACIM OE T.21.III.14-15)

Todos hemos experimentado muchos milagros y, con cada cambio, nos damos cuenta de que este Curso no consiste en una fe ciega. Vemos cada vez más que, al aplicar las Lecciones a los acontecimientos, situaciones y personas cotidianas de nuestra vida, experimentamos un cambio en nuestra forma de ver las cosas. A veces parece que los cambios se producen poco a poco, y otras veces, un nuevo nivel de conciencia se precipita como una ola rompiendo en la orilla. Independientemente de cómo veamos nuestro progreso, no importa. La realidad es que cada vez que perdonamos, estamos quitando otra capa de falsa percepción.

No necesitamos a la otra persona en una relación para participar en la curación. Sólo hace falta uno. Como se nos dice en el capítulo 5, **“Tu hermano no tiene que ser consciente del Espíritu Santo en él o en ti para que se produzca este milagro.”** (T.5.III.2.8) (ACIM OE T.5.V.33) Recuerdo cuando mi ex-marido se paró en mi puerta y me preguntó, aparentemente de la nada, si podía abrazarme y procedió a decirme el maravilloso trabajo que había hecho con la crianza de nuestro hijo. Esto ocurrió años después de nuestro divorcio, cuando yo había liberado los resentimientos que tenía contra él. Lo interesante es que el cambio en la relación no se produce en el tiempo que deseamos o a petición nuestra. Llega cuando hay total apertura, voluntad y disposición para recibirlo. Podemos pensar que hemos hecho el trabajo, pero hasta que estemos listos y dispuestos a que la sanación sea el único deseo del corazón, el ego seguirá exigiendo que las cosas sean diferentes. Todo en nuestras vidas es bastante perfecto y en el momento perfecto para nuestra sanación, sin importar cómo luzca.

Los milagros no están bajo nuestro control. Todo lo que debemos hacer es nuestra pequeña parte. Sí, a veces parece que se necesitan años. Otras veces, pasan meses o semanas antes de que veamos este tipo de evidencia de sanación, pero el tiempo es bastante irrelevante en todo esto. No se trata de nuestro calendario, ni de lo que aparece en forma, sino de la paz que es nuestro regalo en el instante en que se acepta la sanación. Puede que nunca sepamos el impacto de nuestra sanación en los demás, pero eso no importa. Lo que importa es la elección que hacemos en cada momento, que es la elección en favor del resentimiento o del milagro, en favor del ego o del Espíritu Santo. Y con cada decisión de perdonar, se trae más sanación al mundo.

No necesitamos tratar de entenderlo. Como dice Jesús: **“Los milagros son simplemente la señal de que estás dispuesto a seguir el plan de salvación del Espíritu Santo, y de que reconoces que no sabes lo que dicho plan es.”** (T.9.IV.6.3) (ACIM OE T.9.III.15) Los milagros dan testimonio de nuestra curación. Es importante que llevemos nuestra atención y conciencia a los milagros, o pasarán desapercibidos. **“Los milagros demuestran que el aprendizaje ha tenido lugar bajo la debida dirección, pues el aprendizaje es invisible y lo que se ha aprendido sólo se puede reconocer por sus resultados.”** (T.12.VII.1.1) (ACIM OE T.11.VIII.61)

Hoy, elijo la gratitud por la belleza que me rodea, por Su presencia que me acompaña. Agradecemos el remanso de protección que siempre nos rodea y nos abraza. Confiemos en que la sanación está siempre disponible para nosotros cuando estamos dispuestos a aceptarla. Tenemos esa misma confianza en nuestros hermanos y hermanas. Ellos también tienen la misma verdad disponible en su interior. No debemos juzgar el camino de nadie. Es único para cada uno de nosotros.

Cuando empoderamos a alguien, es una falsa simpatía, que nunca es útil. Nuestra interferencia puede, de hecho, estar quitándoles el aula de aprendizaje. Nuestra única responsabilidad es aceptar la Expiación (la sanación) para nosotros mismos. Sí, seguimos ofreciendo apoyo a los demás tal como seamos guiados, pero lo hacemos mientras seguimos recordando quiénes son y manteniendo la verdad sobre ellos en nuestra conciencia. Así, nos convertimos en mensajeros de paz.

Hoy recordamos que debemos invocar a Dios cuando experimentamos sentimientos de miedo y vulnerabilidad. Nos recordamos que no podemos estar en peligro porque la verdad es que ya estamos en casa con Dios. Invocar a Dios es simplemente un recordatorio de la verdad que hay dentro y alrededor de nosotros. Nuestra realidad está perfectamente segura y protegida. Siente Su abrazo. Nada puede afectarte, ya que tu realidad está fuera del sueño. Enfócate por la mañana en estar dispuesto a aceptar la Corrección y recuerda pasar el día con la Lección firmemente sostenida en tu mente. Siempre que surja cualquier tipo de miedo, cualquier tipo de ansiedad, nerviosismo o frustración en la que sientas tu seguridad amenazada de alguna manera, recuerda invocar a Dios y sentirte descansando en Su abrazo, siempre seguro, amado y feliz. Nada puede alcanzarte o dañarte en este lugar. Invocar a Dios es recordar la verdad sobre nosotros mismos. Invocar al ego significa que creemos saber qué es lo que necesitamos para salvarnos. Todo lo que esto hace es alejarnos de la verdad y mantenernos anclados en el sueño. Esta es la elección que tenemos ante nosotros en cada momento.

Amor y bendiciones, Sarah  
[huemmert@shaw.ca](mailto:huemmert@shaw.ca)